



DeucALiÓN.

1



Deucalión.^{g. o.}

1

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

MARZO DE 1951

Dirige
Angel Crespo

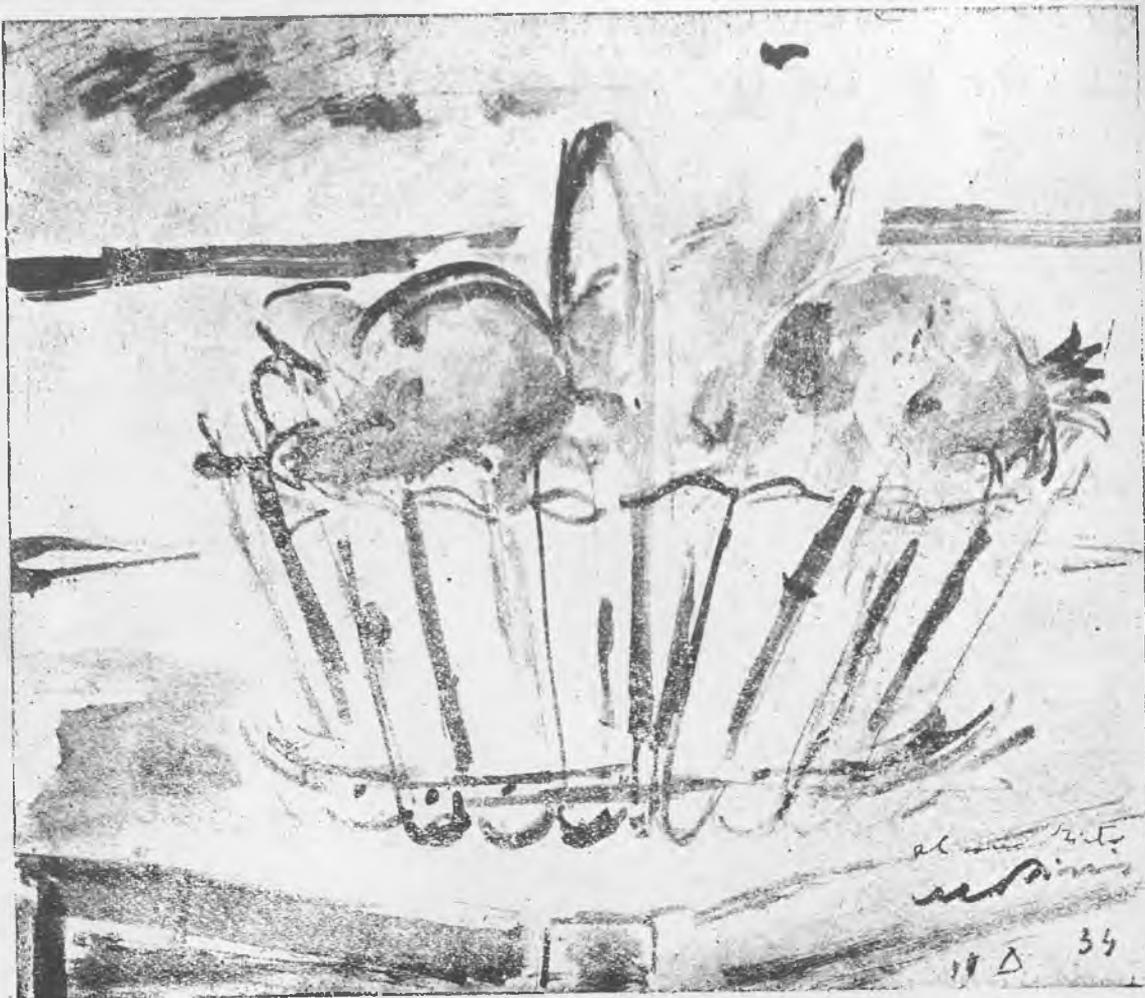
EL REY DEUCALION

Venimos, como Deucalión, tirando piedras a nuestras espaldas; pretendemos, también, salvarnos del diluvio inevitable. Consultamos, asimismo, a los dioses y, como a él, esperamos que nos acompañen. Queremos tener fe en ello.

El arte toma palabras y elementos heridos de muerte por la inacción o el cansancio y los trueca en cosas pimpantes vivas y vivificadoras. E imprime al color sentido de música o da a la palabra temblor de víscera. El arte y la poesía son, en su actuar, Deucaliones eternos.

Reunimos aquí los deucaliónicos frutos. Queremos dar a la luz en estos cuadernos todo lo que trascienda sentido salvador. Porque ya están bien cincuenta años de diluvio.

Nuestro intento quiere ser universal, ya que universales fueron siempre nuestros viejos manchegos. Abrimos las ventanas sin miedo al agua que cae a cántaros. Estamos en el zaguán presintiendo una brisa redentora. Y hablamos, agradecidos, de quienes colaboran con nosotros y apoyan estos cuadernos.



«Cesta con frutas», por Filippo de Pisis.

Para borrar tu nombre,
ardiente cuerpo que en la tierra aguardas
como un dios el olvido, aquí te nombro,
límite de una vida, aquí, preciso
cuerpo que ardió. No tumba: tierra libre.

Dejad al paso la mirada lenta,
la que una piedra dura os reclamara,
o la que pide un árbol sin sus pájaros,
casto en la noche, en su velar desnudo.

Nunca el rumor de un río aquí se escuche.
En la profunda tierra el muerto vive
como absoluta tierra. Pasa, humano:
no sonarán tus pasos en un pecho.

HUESPED DESENTERRADO

Toda la noche
la cotorra del brujo picoteando el silencio.
Toda la noche
estuvieron los hombres bregando con trozos de tinieblas.
Toda la noche
el farol casi humano, con su poco de día,
matando la mirada dulce-azul del cocuyo.

Y nada.
El sepultado ni siquiera hedía.
Todo aire de muerto lo mataban las flores.
¿Es que se hundió como si fuera en agua?

Ayer, precisamente, se le vió en la bodega,
luchando entre penumbra con unos diosecillos
que saltaban sin tregua
desde el tonel del vino hasta la copa,
y corrían,
corrían,
como un grupo caliente de cosquillas
por su cuerpo varón y su neblina.

Toda la noche
estuvieron los hombres cucuteando,
registrando la tierra.

Sin embargo, mi perro está ladrando,
hoy a las siete de la mañana
mi perro está ladrando,
ladra junto a una mano que parece de náufrago fijo.

¡Creció el cadáver
igual que un árbol para dar su fruto!

Manuel DEL CABRAL

LA ESTATURA DEL ALMA

A mi buen amigo Manolo Brú. tan lejos ya,
pero tan cerca. siempre, de su muerte.

1

Tal vez morir a solas es demasiado orgullo,
es demasiado humano para el quehacer del hombre
—lento dolor de alegres orillas bendecidas
por la humildad que pide y acepta su consuelo—,
y es un vano estoicismo culpable que persiste
dentro de nuestros ojos cristianos que aún no saben
contemplar la inocencia del tiempo en el instante.
Pero morir es siempre conciencia de estar solo...
Y tú, crecido en años de cortés abandono,
de indecisión romántica y hombría casi adusta,
no pudiste a la muerte mirarla cara a cara
porque en tus labios mudos la costumbre de un rezo
de infantiles contornos y voluntad madura
apiñaba un rebaño de trémulas palabras
obedientes al silbo del Pastor amoroso.
No, tú, al pisar los valles crecientes del silencio,
escuchabas el eco vecino de otro paso,
y no estuviste solo con el toro en la plaza
pues no eras un torero de la virtud. Tu vida
nunca quiso ser más que su verdad, y al cabo
de tanto prodigar tu cordial entusiasmo,
tu oración vespertina te borró la mirada,
y entrabas en la altura de la noche serena
con ojos que cegaron para ver la evidencia
de su pobre esperanza mortal. Y estabas solo
con Dios, no con el término mezquino de tus días.

2

Ni siquiera con Dios te morías a solas.
Entre la muerte y uno, Dios, a secas, no basta.
Si el espíritu es ágil negador de sí mismo,
la carne no consiste más que en ser asistida.
Para morir no basta la estatura del alma,
y otro cuerpo, aún caliente, junto al nuestro se tiende

para morir desnuda y entera nuestra muerte.
Es un chorro, de pronto, como el tronco oloroso
de un árbol derribado que golpea la tierra,
Cuerpo blanco de Cristo como un rayo de luna.
Y tú, que estabas hecho de varonil esfuerzo,
aceptabas la ayuda de su fulgor inerme.
Y era el morir pausado de ese Cuerpo en el tuyo
el paso repetido con que abre el arado
los surcos, era el manso romper de la semilla
y el arraigar suave del trigo en la besana.
Era un níveo, y sumiso, y oculto derretirse
de la vida en sus miembros y del pan en tu boca.
Era...

Y tú estabas solo, sin mirar, pero viendo
lo que tus ojos—pobres pajarillos que, amantes
de su prisión, se sienten en libertad—creían...



Retrato por Chebés

A SAGRARIO TORRES

Con su furor de tuétano viñero,
me preguntan por tí los jaraíces
(Valdepeñas vistió de bodeguero,
garañón de sus cálidas matrices):

—¿Por dónde está Sagrario? ¿En qué racimo
clavó el canibalismo de sus dientes?
¿Qué capacho aguantó su brutal mimo?
¿Qué mosto se hizo perla en sus pendientes?...

Yo paso entre el volcán de la vendimia.
La lava del majuelo halló su alquimia
cerrándose en su sed despreciadora.

Mas quiero hablar de tí. Dar mi respuesta...
¡Decir que estás clavándote en la cresta
del gallo más valiente de la aurora!

Juan ALCAIDE SANCHEZ

REFLEJO EN EL AGUA

(Homenaje a Debussy)

Tú,
paloma sin ojos, pórtico al mar, mano de mármol al río,
entre tus dedos o columnas
huyen los peces, como luces, como gemidos,
sobre un limo que pudre sortijas y llaves.

Arriba,
el atardecer rema con voz de ausencia.

¿Por qué no gritas cuando el silencio
se deshace en espuma de ecos
y los chopos se curvan buscando
flechas que disparar contra el pecho rotundo del aire?

No sé qué viaje eterno embarrancaste,
ni qué collar de luces modeló tu cuello.
No sé dónde llegan tus cimientos,
ni si dentro alumbran linternas frías oprimidas de tierras.

Indiferente,
con la proa contra las horas
avanzas por el tiempo y la memoria.
Ni la luna te endulza con su hielo
ni las estrellas te estremecen con su gotear frío.
¡Por el tiempo y mi memoria!

Federico MUELAS



Gregorio Prieto

Gregorio Prieto entre nosotros

Walter Starky hablaba de Prieto, decía: «Tiene la imaginación que encontramos en esa especie de ensueño común a todos los manchegos». Y éste, a más del «realismo español». Y todo en gracia a una cualidad entre nosotros tan decantada: Mancheguismo.

Perdonadme que esté emocionado, perdonadme que me sienta entre nocturnos altos y obsesivos, plenos de estas estrellas grandes y permanentes que cuajan los cielos de Gregorio. Perdonadme que me sienta entre molinos lentos y calles profundas; en ese color, que a pesar de ser rico no es lujoso, que a pesar de ser vivo no es brillante, «con esa especie

de ensueño común a todos los manchegos». Perdonadme que me sienta emocionado.

Ya era hora de encontrarlo. Entre todo ese montón de literatura que rodea a Prieto —y de la que él ni se entera—, un hallazgo expresivo, una verdad penetradora y nada de su «clasicismo», de «la poesía de su dibujo», de «la angustia de su humanidad» y tantas otras frases bien dichas incapaces de explicar a todo Gregorio Prieto. Al de sus molinos y al de sus marineros, al de sus lienzos de Grecia y al de sus dibujos shakespearianos. Y es Walter Starky, con profunda comprensión de lo nuestro, quien da la clave orientadora: Realismo unido a una imaginación que es como una especie de ensueño. Las cosas son, están ahí plenamente, pero llenas de hondura, llenas de un callado fermentar, de un hondo sentido. Así, en Gregorio.

Con todo su amor a la forma griega «sus figuras están prestas a evadirse, por la vida que contienen, de la línea vigorosa y sutil que las aprisiona». Y esto a los ojos de Zacharie Papantonion, un griego de hoy. Nadie diría en efecto, de verdad, de algo helénico que la línea vigorosa y sutil —la forma— lo aprisiona. Nadie. Y sin embargo se dice de lo que Gregorio hace. Esto es conducente y revelador. Pero no estoy seguro de que sea cierto. ¿Las aprisiona? No. Las figuras —y sobre todo en el color de los cuadros de la tierra nuestra— no están prisioneras, sino que son densas. Son algo más que color. Y es que hay dos modos de dejar de ser clásico: Hacia fuera —el lujo mediterráneo —y hacia dentro —la densidad castellana—.

Prieto —con todo su amor a la forma, con todo su inmenso amor— lo ha dejado de ser a veces sin quererlo; otras —las más— metido en lo suyo, hundiendo las cosas y los colores y las líneas y las formas y todo más y más en sí mismo. Y así, su exterioridad, a pesar de ser pura, está llena de un sentido humano y pleno. De ese sentido en el que hay un gran amor a lo que es, que se hace amor al ideal.

Perdonadme que esté emocionado. Alguien ha dicho algo de los manchegos. Y lo ha dicho aplicándolo a un artista de excepcionales dimensiones, que así se hace inevitable y definitivamente nuestro. Gregorio Prieto, con sus adolescentes y sus mariposas —cuajados de algo como denso que no acaba de lograrse—, con sus molinos lentos y a veces de una gran tragedia —que es a la vez un gran sosiego—, con sus mármoles trancos llenos de sosiego —que él da con notas de estremecida tragedia— y con esos cielos azules de estrellas grandes y obsesivas, Gregorio Prieto, es de aquí y por aquí, ganado inevitablemente de este ensueño tenso y oscuro, pleno de color sin lujo, de forma sin clasicismo, de amor sin punto cierto. Perdonadme que esté emocionado.

F. CALATAYUD

ALBUMBLAETER

«Albumblaeter» con música de Schumann.
El album huele a muerta rosa blanca.
En blanco estaba hasta que mano franca
inició el arabesco. No se esfuman

laberintos de azar, ni aunque presuman
de ligereza efímera, si arranca
blanca mano, del sueño que la estanca,
música en versos que al temblar perfuman.

Hojas de album, romántico deporte
—Clara Schumann, María de Aranguren—.
Para el surcar del dedo el áureo corte

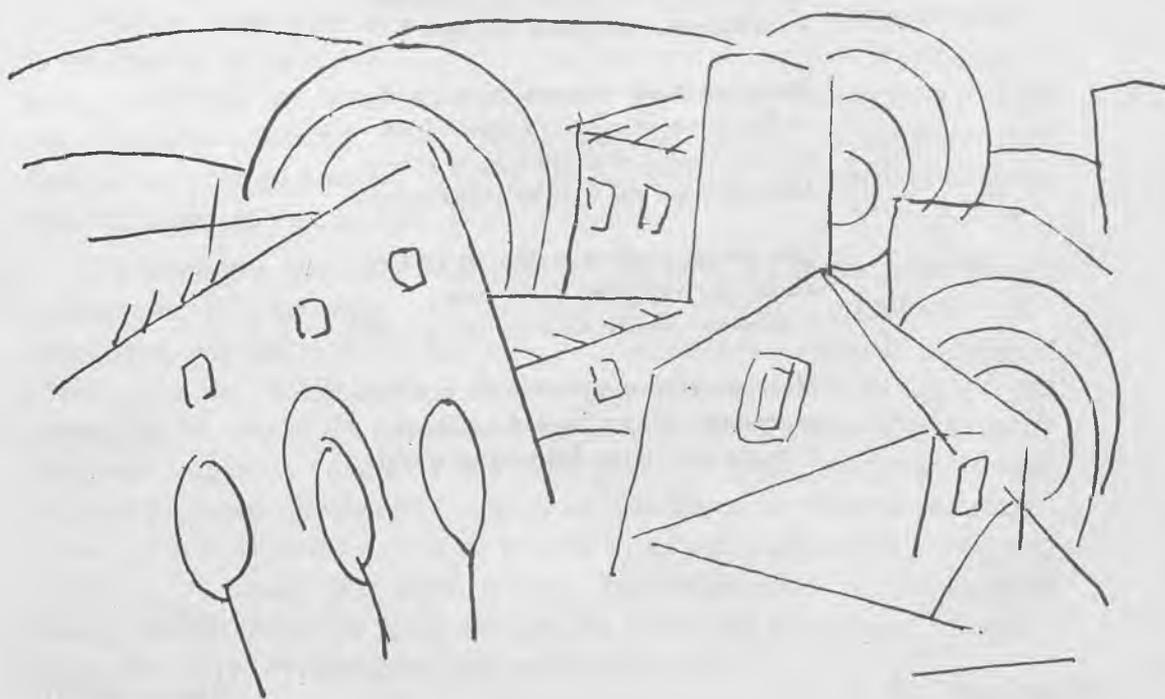
—veneciano canal— y que nos juren
fidelidad al sur musas del norte
y que aquí nuestros sueños duerman, duren.

Y que aquí nuestros sueños duerman, duren
como gato en ovillo cuando sueña
huries que le halaguen la estameña
y los ámbares sesgos le suturen.

Duerman aquí, reposen bien, maduren
su flor y verde rama en prieta leña,
duerman aquí al arrullo de la aceña
hasta que un día azul se transfiguren.

Una mano piadosa —tan curiosa—
abrirá las ventanas de la rosa
y nuestros sueños de hoy irán a vuelo.

Quedará el aire ardiendo de oro y talco,
el mañana al ayer besará en calco
y en ya otra presa dormirá otro cielo.



L A O R L A

Cuando mi abuelo hacía versos
y contaba las sílabas —y a veces se perdía—
los escribía, luego, en papeles con orlas
y se los regalaba a sus hermanas.

Deshace el mundo la carnal cuaderna
que apunta paso a paso los caminos,
quedan señales,
versos,
quedan abuelos idos,
recuerdos de sus manos sobre las piernas suaves
que tuvimos —teníamos
entonces pocos años—
y un tintineo dulce de monedas de plata.

Queda su gesto, mas su voz no queda,
especie de recuerdo de cómo fué su porte,
pero dudamos si sus ojos eran
infantiles o claros
o de vieja prosapia.

Quedan sus versos en papel con orlas,
con una flor pegada en una esquina,
con tinta sepia,
huelen a membrillos
de armarios viejos, a madera antigua.

Se recuerdan las cartas del abuelo,
vasos de leche grandes que rebosan,
confiterías cuyos dependientes
ya no conocen al que nieto iba.
Hablan los padres, cuentan sucedidos,
palabras, escrituras se manejan
y un recuerdo, de paso, se emociona.

La orla de versos, entre nuestras manos,
sobre la mesa cae, tan amarilla.
La flor no huele, como si el aroma
se emancipase con el muerto abuelo
que escribía un soneto a sus hermanas.

Apoyado en la luz del firmamento
hay un rostro de llamas de colores.

No encima de ese muerto abandonado,
dentro del corazón está la máscara:
azufre convertido en sentimiento,
azul misericordia
de la sombra a su propia incertidumbre.

Aquí me reconozco;
miro atento
la anatomía negra de mis páginas,
la piedra refulgente,
el sol
que me recubre entera la vergüenza
de estar quieto
cuando a la gran reunión de los abismos
todos los comensales aparecen.

No siempre es soñar tener heridas
oro petrificado en fina lámina
adaptada a los rasgos interiores.

Una mano sin paz grabará letras
en las paredes sordas de la cámara;
allá en el otro cuarto
con flores de carbón sin pensamiento.

Aquí me reconozco
lejos de las muchachas que sonríen
enseñando los muslos dulcemente
al final de una calle
que puede ser muy bien mesopotámica.

Esta es mi vocación de estar dorado
recubierto y azul como los ángeles.
Máscara santa.



Duerme - te, vi - rgi - ni - to mi -

que tu ma - dre no está en ca - sa

que se la lle - vó la Vir - gen

de com - pa - ñe - ras en ca - sa

Pieza musical autógrafa de Federico García Lorca

LA CASA

ENTRA en la casa luz y está dispuesta
la gana de comer y está servida
la mesa de comer y está la casa
dispuesta y el sol entra alegremente.

Entra la risa y la comida humea
(humea más allá la chimenea),
y entra el hombre y se pone la comida
y el periódico deja y come un plato.

Entra la voz por los cristales, entra
la voz de la mujer por el pasillo
que a la cocina da y entra en la casa
la luz del sol gastando los cristales.

Entra el ruido del plato y las cucharas
y el ruido del cuchillo cortapanes,
cortacomidas, entra y en la mesa
los vasos se coronan de agua sólo.

Entra la risa de la luz... ¡Oh aurora!
¡Oh, vaso prometido, alivio pleno,
descanso alegre en vida resumida!
¡Convalecencia doble ocupa casa!

Biografía de Roberto G.

1

Entre la luz y la sombra están los pájaros,
en una selva que puede ser jardín,
o mar, o huerto,
en una selva en que corren caballitos,
diminutos trenes de selva
y hojas sin raíces arrastrándose.
Pero el joven volando con sus años
va, de luz a sombra,
de sombra a luz sin detenerse.
Mira una estatua,
después un torso, una cintura,
oye una música que compara a un suspiro,
detiene un gallo cantando a la aurora,
rompe tinajas y acaricia senos.

2

Pero la sombra canta en la orilla derecha
y desnudo se marcha hacia la sombra.
Los tigres las malezas acarician,
con hierbas olorosas hacen cunas,
con cantos de sirenas hacen mares.
Para los pies descalzos un camino de alfombras,
y ausente entre la carne, ausente el hueso...
No es extraño que la sombra le inunde
y que corran oscuros ríos por su piel ahogando casi todos los recuerdos.
Adolescente en sombra, alimentado de rumores de hojas, de aromas de hojas y
líquidos miríficos de hojas.
Por los aires le llegan palabras que no entiende
y las devuelve, cree, contra el tronco de un árbol.
Hay un camino, sueña paraíso,
que le llama al amor, hacia la tumba
que quiere despeñarle y que no puede
porque espera alumbrándole un arcángel

3

Espérale alumbrándole un arcángel
y la antorcha de luz ciega sus ojos
al pronto, pues la luz que le acostumbra
muestra perfiles bellos a las cosas.
En este paraíso,
clarísimo deambula

un río transparente que engaña a la mirada,
que reconoce sólo esa ausencia de polvo que hay en el cauce
impidiendo manchar su inmaculado brillo.
Así el adolescente mira maravillado aquí en la luz.
Pero algo espera que busca inútilmente
y se queda añorando.

Antonio FERNÁNDEZ MOLINA



Petroglifo en las márgenes del Río Chacuey. Provincia de Libertador. República Dominicana. (Por primera vez se publica en una revista europea). Cedido por Don Dario Suro.

PARAISO ENCONTRADO

El monte peregrino,
el romero y la jara
y tu beso perdido
en mi boca de aliento
primitivo.

Tú
sobre mis rodillas.
Yo
en tu cara,
afilando tus cejas afiladas...

(¡En tanto paraíso
sin cobra y sin manzana!)

Todo lo que palpita
a nuestro lado, peca.
Todo tiene su sangre
y su pujanza que nos tienta...

Hay un incesto
de flores y de ramas,
de nubes y de cielo,
de pájaros y alas...

Tú
sobre mis rodillas.
Yo
en tu cara,
afilando tus cejas afiladas...

El dueño de un «almacén»

—Yo, al menos, vivo en el descuido y la garantía de poseer un «almacén» bien abastecido, pues lo tengo muy capaz para lo que mis necesidades puedan consumir. No por ello se crea que me agita el temor ni me obsesione repasando las posibilidades de robo que pudieran acontecer; al fin, siendo cosa inevitable, en caso que tuviera lugar, sería locura desesperarse. He adoptado mis medios de defensa y no creo que estos puedan ser abatidos fácilmente. En primer lugar, la cámara está situada en el fondo de la casa y a ella se dá acceso por una puerta de roble, bien claveteada e incrustada de fieles cerraduras, que se fabricaron bajo la exigente y prolija inspección de mi padre. Ventana no hay; sólo una lucerilla en el techo trabada de dos barrotes de hierro, por entre los cuales no cabe animal que pudiera causarme la menor avería; es la única ventilación, la suficiente para que aquellas ricas prendas encuentren una salida a sus emanaciones. Así pues, es difícil imaginar una contingencia que pudiera despojarme de todo aquéllo; pero, como digo, si el ingenio humano diera al traste con tales seguridades no iba yo a ser quien se tirase al río ¡que báh! Trabajo me ha costado hacinar mi «depósito» y ornarlo de exquisiteces inapreciables, que sólo de pensar en ellas me consumo de gusto, mas si el destino me tiene señalada una desgracia, para enfrentarme con ella tengo también mis reservas de resignación y ánimo. Un sensato y reservado burgués de este país, ¿qué otra cosa favorable o perjudicial pudiera decirse de mí? Esta es mi disposición y talante frente al mundo. No es que diga que no me doliera algún mal acontecimiento, pues es una galleta que piso, un grumo de miel que se desborda y ya me contrario para todo el resto del día; pero al fin, si la suerte variable diera en conspirar contra mí... ¡Ah! qué absurdos pensamientos; mi puerta es una fortaleza y de añadidura antes haría su defensa con mi cuerpo que por algo se tiende a dormir a su pje: antes pasaba las noches en el que siempre fué mi cuarto desde que nací, pero en beneficio de mi «depósito» dejé aquel mundo de expresivos recuerdos y trasladé mi cama a la medianería por reforzar la custodia. A mano tengo un arma que no respeta vidas, pues mete en el cuerpo a cada descarga más de un cuarto de plomo. ¿Qué otra cosa se pide? De mi parte rindo cuanto humanamente se puede dar; vivo alerta, sin perder un rumor y analizándolo hasta sus últimas consecuencias; y en mi memoria se consignan por géneros y derivaciones. Véase lo que es prudencia. Luego, la calle no conoce mi planta si no es para casos de extrema necesidad, que sólo se dan de tarde en tarde, pues en nada público intervengo y poco habrá que me afecte fuera de mi casa y mis anaqueleras llenas de gloria pura. Además, para quien goza la suerte de un buen abastecimiento no es violencia guardarlo y dar de lado otras pobres satisfacciones de los infelices despojados, que de modo tan fuera de sí se divierten, sin duda para olvidar su desgracia. Añátese el riesgo que en la calle se corre si uno es asaltado por necesidades del vientre, de las que aquellos están muy reservados. Las contadas veces que en largo espacio de años me he visto en la servidumbre de salir, bien me he cuidado poco antes de apurar mi cuerpo, aunque, aparte otras preocupaciones más fundadas, como es la de abandonar momentáneamente mi «depósito», he sentido la de que, por cualquier fenómeno físico, volviera a padecer ciertas urgencias en lugares pocos adecuados; en todo hay que pensar. Bien, que he tomado un coche y he volado de acá para allá, dando rápido término a todos los asuntos, pero de ningún modo habrá de asegurarse que tal riesgo no se pudiera dar. Sólo de pensarlo he sentido una gran turbación. He intentado prevenirme meditando lo más procedente de mis actos en semejante ocasión: de ir en coche, como el que lo conduce va aislado del ocupante principal, no habría temor en depositar allí mismo y después ordenar que me condujera a las afueras de la ciudad, donde sobor-

narle y sofocar su indignación. En otro lugar, la situación sería algo más grave; no habría más remedio que hacerlo a la vista de quienes fueran, aunque ya me cuidó yo de ir a lugares en donde sepan de mis condiciones y las respeten. De todos modos, aun considerando que, en rigor, no es nada indecoroso, por las exenciones que goza mi jerarquía, sufriría mi pudor y me llevaría un disgusto. Bien sé que a otros les ha ocurrido un accidente parecido y no se han afectado en absoluto, les protegía su derecho; en alguna ocasión han obrado acertadamente cubriéndose la cara con un pañuelo, y nada más. Claro está, no hay que olvidar que una imprudencia puede costar cara, ha de saberse si se camina sobre terreno firme y si están conjurados todos los peligros: ya se tendrá memoria de aquellos desgraciados que al hacerlo en una plaza pública hallaron la muerte a manos vengativas, bajo las más atroces acusaciones y tormentos: «¡Acaparadores! ¡Carcoma de los pobres! ¡Saltadle ojos y oídos!» Personas aquellas que no supieron prevenirse y recibieron la lección que no aprovecha, la muerte más ignominiosa; ellos mismos los responsables; ¿qué les llamaba fuera de su centro, en donde nada les faltaba a cubrir la menor necesidad? De mí tienen la compasión, pero encuentro lógico aquel final, provocado por descuidar las más esenciales prácticas a que el dueño de un «almacén» está obligado; no ha de vivirse en la impunidad, toda felicidad está condicionada. No son alardes míos; conozco mis flaquezas, aunque también me percate de algunas excelencias con que me veo favorecido, y éstas son las de un conocimiento de mis límites y el buen aprecio de mis bienes, los cuales consumo con delectación que no encuentra palabras para expresarse. En todo soy parecido a mi padre, que, asimismo, era carácter juicioso y realista. La poca violencia de mi desarrollo en el regazo de una familia cálida y compacta, regida con la mejor política monopolista, habrá sido muy favorable a la creación de este humor. «Tú almacenarás, tú contarás con un «depósito» como nosotros hemos gozado», se me decía desde las cuatro esquinas de la casa; «nosotros te ayudaremos». ¡Queridos ancianos!; ocho eran los componentes de aquel clán que se agrupaba para verme ligar mis primeros vacilantes pasos, y ya todos han muerto; sus inanimados envoltorios son mi compañía junto con los bienes que al fin cubren copiosamente mis estantes. ¡Hhhh! Mi «almacén» es poco más o menos como todos los almacenes: armarios, anaqueles, tinas, orzas, paquetes y valijas; en el centro, el vertedero de cómodo asiento en donde se gozan los letargos; y sin embargo su vulgaridad es mi paraíso. Con tiento impaciente violo aquellas cerraduras, desecho pestillos y franqueo la puerta entre palpitaciones y extertores que dulcemente me dañan. Luego, seguramente cerrado por dentro, hago la selección y el acopio y sobre el cómodo vertedero voy despaciosamente ingiriendo. Por temor a los incendios permanezco a oscuras, pues cualquier chispa en la instalación pudiera provocar un desastre. Si es de día, la luz que consigue atravesar la lucera solo destaca muy fugaces calidades; todo lo cubre la sombra que a trechos muy distantes revela un cuerpo y hay que aguzar la vista y valerse de inteligentes inducciones para conocerlo. Por eso aprovecho una hora del día para hacer el acopio, no me resulte fatal un tropezón. Luego... el descuido y el goce absoluto: Miel, cebollas, dátiles, almendras, gamo confitado, azúcar y vinagre; todo cuanto un hombre de buena procedencia necesita para su manutención; ¿qué más pedir? A lo último, bajo el letargo digestivo, se sueña con colas de pavo real y paisajes de imaginación; la miel cae desplegándose suavemente y endulza todo el ámbito del cuerpo, excluyéndose por el extremo y pasando a untar la tierra; el vinagre limpia desde las caries todo lo secreto que guardamos y luego gotea con matizada sensación; y el gamo, y los dátiles... ¡.....! ¡.....

Nada parece mejor que una honrada sensatez.

Madrid, 12 de enero de 1951.

Francisco NIEVA

«Canto a Guiomar»

Recuerdo otro canto a Guiomar, publicado hace muchos años por Antonio Machado, en «Revista de Occidente». Este de Fernando Calatayud es otra cosa muy distinta. A la vez creación poética y documento psicológico. Cuando Enrique García Pérez, en la poética prosa del prólogo, define este «Canto a Guiomar» como una intención de amor, de amor en su sensible idea, conjuga también esas dos dimensiones del alma y la poesía. Un aliento de amor adivinado recorre las estrofas. Y quedan los versos ahí —¿en las páginas o en el aire?— ingravidos, sin peso, bajo los guarismos y las aladas viñetas de Madrilley, aupando vaporosas intuiciones.

Las citas de Juan Ramón, que encabezan el cuaderno y la división estrófica, no deben inducirnos a error. La lírica de Fernando Calatayud es personalísima. El poeta de Moguer sólo ha puesto la sugestión. Sólo: aunque mucho. También estuvo, con esa difícil pre-

sencia de los Maestros, en la primera lírica de Federico. ¡Como en tantos otros! Calatayud ha sentido también el hechizo juanramoniano. Pero sólo como un marco de incitaciones.

Lo era todo:
Naturaleza, Amor y libro,

escribe el poeta de Moguer. Y Calatayud, sencillamente, poéticamente, escribe un solo nombre:

Guiomar.

Un solo nombre que por sí es poesía aureolada por leyenda de siglos medievales.

Este bello cuaderno de poesía surge también dentro de aquel canon del poeta: «Sencillo.—Lo conseguido con los menos elementos, es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo, Por lo tanto, una poesía puede ser sencilla y complicada a un tiempo, según lo que pretenda expresar».

«Canto a Guiomar» es un poema perfecto y puro. Y dad a las palabras perfección y pureza toda su transparente e irisada profundidad. Una muchacha joven pasa por estas páginas, rozando levemente con el pie una tierra mojada y primaveral. A la vez, pone un nimbo de luz en el corazón de un poeta joven.

Calatayud ha escrito como quería Maragall: entusiasmado, iluminado. Y sus palabras se han hecho música:

Anoche grité: ¡Guiomar!
creyendo que tú venías.

Al leer este Cuaderno he pensado, no se por qué, en la lírica portuguesa. Hay en ella —¡ese Joao de Deus, ese Teixeira de Pascoaes!— una sutil evanescencia. Resulta de fugas, ausencias y saudades. Así esta Guiomar: pura concreción espiritual, perfilada por presentimientos juveniles:

...y toda tu pureza sobre mi sueño oscuro
sobre mi soledad de frente y de mirada,
de un saberte nacida,
de un no saber el norte que mis pasos persiguen.

(Fernando Calatayud: «Canto a Guiomar». Cuadernos de poesía, número 2, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1950).

«Jaraiz», de Juan Alcaide

El poeta Juan Alcaide Sánchez ha dado a la publicidad su último libro de poesías. Lo titula «Jaraiz» y en él se nos muestra como continuador de la línea comenzada en sus primeros tiempos. Hay en toda la poesía de Alcaide una nota distintiva de unidad y, ahora, «Jaraiz», es como un hito más en esa línea seguida febrilmente.

La poesía de Juan Alcaide Sánchez está vinculada íntimamente al movimiento moderno que lleva en sí todo un misticismo profundo de amor a Dios y a las cosas con sus almas bellas. La poesía actual clama por la revalorización de las cosas, al mismo tiempo que clama por el hombre perdido en cenagales impuros. Ve en las cosas que tocamos, que vivimos o que soñamos una majestuosidad que antes nadie vió. Y se afianza en la tierra sin por ello dejarse apartado al cielo o al amor: lo aúna todo en una conjunción armoniosa, interna y muy bien llevada. La poesía actual busca su originalidad más directamente que el propio modernismo o aún que el mismo movimiento romántico: busca la originalidad en los motivos eternos que nos ofrece la naturaleza copulativamente a los motivos internos del hombre de todas las horas. Porque en la Naturaleza que vivimos y en el hombre que vemos reside toda la poesía de todos los poetas.

Juan Alcaide logra la plenitud en este movimiento, con su poesía vigorosamente bella, dedicada hasta ahora con todos sus ímpetus a iluminar el paisaje natural manchego y a estos hombres tan de tierra de la Tierra. Por esta causa alguien pudiera pensar que su poesía es regionalista, siendo, por el contrario, total y altamente universal, como lo es cualquier poesía creada por un poeta con caracteres proféticos de hombre hacia el mundo.

El poeta ha sabido unirle a esta poesía de la naturaleza, de la tierra, la otra, la que exudan los hombres y la que sale de sus propias y más profundas intimidades, a la cual un poeta nunca puede sustraerse porque sucede con frecuencia que estos poemas son los mejores de su producción:

*«Dos cauces, ¡qué difícil
que puedan ir cogidos de las manos!
Hay quien llega hasta el mar, y hay quien se clava
con la sed boca arriba. Suplicando».*

Gira así toda la obra de Alcaide: con su sed boca arriba. Sed de todas las cosas que se pueden desear. Sed de superarse a sí mismo. Sed de amigos, de almas que rocen a la suya, de cauces que, en un instante, puedan cogerse de las manos.

La belleza que le brindan los hombres sencillos ha sabido captarla en toda su algidez. Eleva también su canto vital, fuerte, hermoso hacia los hombres que lograron crear arte en el universo:

*«Lo mismo que un pecado
me punza el esternón cuando te cito».*

exclama en su «Amor a Antonio Machado». Y desentraña a Solana en un soneto insuperable, que recuerda aquel otro soneto tan bueno, tan bello, «Sed», que publicó en su libro «Poemas de la Cardencha en flor».

Al otro gran místico, al otro Juan, lo saluda en cinco liras que dejan ver la gran humildad franciscana de su alma:

*«Quiero sentirme escoria,
gorgojo de basura y no lucero,
borriquillo de noria,
serrín de carpintero,
vilano de escondido basurero».*

Pero Juan Alcaide bien sabe que los gorgojos implican destrucción, los borriquillos de noria agua abundante para los campos, el serrín lumbre y limpieza de barro, y los vilanos alegría de vendimias próximas. Y es que las cosas más nimias son a veces las bases y fundamentos de futuras y enormes realizaciones. Y el poeta quiere servir para eso: para cimiento de grandes cosas, de grandes obras, ya que él personalmente no ha querido ser el final de una obra más intensa aún.

«Jaraiz» posee todas estas características de la poesía alcaidiana. Es un libro lleno de hondas intimidades expresadas con metáforas —armas valiosísimas para el poeta que es bueno— vivas, insuperables, llenas de fuerza y vitalidad. «Jaraiz» es un libro construido con amplia gama de tipos poéticos, con un sentido total de la técnica literaria y, además, lleno de una poesía muy digna de tenerse en cuenta. Para nosotros, sin embargo, no es «Jaraiz» la obra cumbre del poeta. Acuden a la imaginación títulos y versos de otros libros suyos. Y viene también a la imaginación su propia personalidad, su poesía interna, que estamos seguros de ver algún día impresa en páginas que nadie pueda trasponer.

Antonio SANCHEZ RUIZ

El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Madrilley.

Imprenta Provincial



Subvenciona «Deucalión» la Excma. Diputación Provincial

